

**M<sup>a</sup> Isabel del Cura; Rafael Huertas. Alimentación y enfermedad en tiempos de hambre. España, 1937-1947.** Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; 2007. ISBN 978-84-00-08497-4.

La excelente serie «Estudios sobre la Ciencia» que dirige José Luis Peset dentro de la Editorial del CSIC continúa engrosando su caudal con trabajos tan pertinentes y rigurosos como este que comento. Del Cura y Huertas abordan uno de los aspectos críticos de la historia contemporánea de España, el estudio de los problemas alimenticios durante la inmediata postguerra. El largo decenio que sigue al fin oficial de la contienda civil, en realidad su conversión en una guerra larvada de enorme crueldad, supuso no sólo un azote represivo sobre la población civil sino un periodo de urgencia sanitaria como no se conocía desde hacía siglos. En efecto, a la destrucción producida por la guerra y a los grandes movimientos de población, con su correlato de problemas de alojamiento, educación, trabajo y atención social, se sumó la eclosión de todas las consecuencias morbosas del desorden de programas preventivos (las diversas luchas o campañas sanitarias, como la antipalúdica), la carestía en vacunas, sueros y medicinas y el trastorno en los abastecimientos que provocó el que la memoria popular acuñara la expresión «los años del hambre» para referirse a aquellos primeros años cuarenta.

La historia de la medicina española apenas ha abordado con decisión las consecuencias sanitarias de la república, la guerra y la inmediata postguerra. Parece, no obstante, que estamos en vías de superar estas carencias histriográficas. Efemérides recientes han contribuido a estimular el interés profesional y, por ejemplo, J. L. Barona desde 2002 está abriendo brecha con una serie de trabajos en el marco de las relaciones sanitarias internacionales (del que es ejemplo el artículo que firma en este número de *Dynamis* junto con Enrique Perdiguero) y en colaboración con J. Bernabeu ha aportado dos libros importantes (2007 y 2008). Sobre las epidemias de postguerra eran clásicos los excelentes trabajos de Isabel Jiménez Lucena sobre el tifus y existían también las contribuciones de Jorge Molero sobre tuberculosis.

Del Cura y Huertas contribuyen con este estudio de la situación alimenticia y sus consecuencias médicas, en términos de enfermedad y en términos profesionales o de investigación. Así, la primera parte del libro analiza el programa de estudio sobre nutrición auspiciado por Carlos Jiménez Díaz, que recibió el apoyo de la Fundación Rockefeller durante los años de 1940 y 1941. La segunda parte se detiene en la «neurología del hambre», examinando las neuropatías carenciales y, con mayor detenimiento, la epidemia de latirismo.

Aunque los autores emplean la bibliografía existente para informar acerca del devenir de las relaciones entre la Fundación norteamericana y la sanidad española, «con el lógico paréntesis de la guerra civil» (p. 84) les ha faltado consultar mi comunicación al Congreso internacional de Historia de la Ciencia de México (2001) donde se da cuenta de que, desde agosto de 1938 el enviado de la *International Health Division* a

la Península Ibérica, aposentado desde junio de 1935 en Lisboa, apostó por establecer contacto con las autoridades franquistas, convencido de que saldrían triunfantes de la guerra provocada por su alzamiento. El nuevo acuerdo se negoció a partir de agosto de 1939 (el expresivo informe de situación que R. Hill envió a su central neoyorkina lo ha publicado J. L. Barona en el último capítulo de su libro *Salud, enfermedad y muerte. La sociedad valenciana entre 1833 y 1939*, 2002) y sus partes más destacadas fueron las pruebas clínicas con vacuna antitífica llevadas a cabo por C. J. Snyder y los estudios sobre malnutrición que dirigió W. Robinson. En el primer capítulo se expone la pequeña pero no menos cierta tradición republicana de estudios sobre la nutrición humana, protagonizada por Carrasco Cadenas y Jiménez García, así como los avatares padecidos durante la guerra, mientras que en el segundo se estudian la situación de la posguerra inmediata y la respuesta científica movida por Francisco Grande Covián siguiendo el ciclo iniciado durante la guerra por el Instituto de Higiene de la Alimentación creado por Negrín, del cual fue subdirector. Purgado este, pero protegido por Jiménez Díaz, a través del entonces Instituto de Investigaciones Médicas, continuó su acercamiento epidemiológico a las deficiencias nutritivas la población madrileña, aprovechando lo que constituyó un auténtico experimento social. Estas investigaciones de 1940-41 fueron planeadas bajo la dirección de Robinson y prolongadas en 1948, ya sin presencia norteamericana.

La segunda parte se centra en algunas consecuencias específicas de la malnutrición como los efectos neuro-psiquiátricos de las avitaminosis B (pelagra), así como la epidemia de latirismo. El capítulo tercero aborda el curioso tándem Peraíta-Llopis, que contribuyeron señaladamente al conocimiento actual de la clínica de los estados carenciales, junto con coetáneos trabajos hindúes, mientras que los tres capítulos restantes están dedicados a seguir el estudio realizado, básicamente, por la escuela de Jiménez Díaz, en uno de cuyos episodios iniciales también participaron un par de los enviados por la Fundación Rockefeller. La colaboración de Peraíta y Llopis excita nuestra curiosidad desde la perspectiva de la difícil institucionalización científica en un medio profesionalmente coartado por la represión franquista, tal vez como ejemplo de las estrategias de supervivencia a que debieron recurrir tantas personas. También informa sobre la negociación intraprofesional en términos de neurología/psiquiatría.

En todos los episodios se analizan minuciosamente las fuentes bibliográficas hispanas (y norteamericanas, en su caso), extrayendo gran cantidad de información biográfica e histórico-social. La escritura es clara y precisa. En suma, una lectura recomendable para todas las personas interesadas en la historia contemporánea de la salud y en la historia de la guerra civil y la postguerra. ■

Esteban Rodríguez-Ocaña, Universidad de Granada